

Por eso se ve á los mercaderes italianos tomar tanta parte en las Cruzadas y hacer conquistas, ó saciar en mares lejanos las iras fratricidas de la patria. Hasta las compañías de comercio terrestre proveían con las armas á su seguridad, y á veces las empleaban en la guerra. Así Alberto Scotto, famoso tirano de Plasencia, era jefe de una numerosa *compañía de los Scottos*, que en 1299 obtuvo el permiso de negociar con los agentes del rey de Francia en las ferias de la Brie y de Champaña, cuya compañía, compuesta de cuatrocientos caballos y de mil quinientos infantes, militaba poco despues al servicio de aquel mismo monarca (1).

El comercio por mayor se limitó desde entonces á Venecia y Génova. Pisa no se repuso de la derrota de la Meloria y de la pérdida de Cerdeña; la Grecia habia perecido bajo la cimitarra turca; era raro que navíos del Norte apareciesen en los puertos del Mediodía. Se necesitaba una escuadra en Nápoles y Sicilia para mantener las comunicaciones con Aragon y la Provenza, y sin embargo, vemos que recurrian á menudo á las de Génova, como tambien Francia ó Inglaterra. Solo los Genoveses podian hacer frente á Venecia. Tenian, segun dice Serra, el comercio de toda la Liguria marítima, donde dominaban desde Corvo hasta Mónaco, como igualmente en la isla de Córcega abastecian de sal á los Luqueses; la parte occidental de la Cerdeña recibia sus leyes ó las de los príncipes sus amigos; visitaban á Civita Vecchia y á Corneto, emporios de subsistencias en el Estado eclesiástico; en el reino, su principal residencia despues de Nápoles era Gaeta, y si no lograron ver realizados sus designios respecto de Sicilia, siempre se encontraron en gran número en Mesina, Palermo y Alciata. En el mar oriental de Italia visitaban frecuentemente á Manfredonia, á Ancona y hasta Venecia en los intervalos de paz.

Ejercian un gran comercio con Marsella, Aigues Mórtes y San Egidio; Montpellier y luego Nimes fueron el centro de sus operaciones en el Languedoc; en la Francia Occidental les proporcionó grandes ventajas La Rochela; Mallorca les dió una bolsa ó lonja nacional. En España, los Berengueres, condes de Cataluña, dividieron con ellos la ciudad de Tortosa; los reyes de Castilla la de Almería, y cuando hubieron perdido ó enajenado ambas, convenios honrosos con los reinos cristianos de España y con los Moros les abrieron los puertos marítimos y los mercados mediterráneos de la Península Ibérica. En los Países Bajos, Brújas y despues Ambéres acogieron honoríficamente sus compañías mercantiles, que no solo acumulaban efectos en aquellos grandes

(1) POGGIALI, *St. di Piacenza*, t. VI, p. 31, TIGRIMI, *V. di Castruccio*. Buonacorso Pitti traficaba en Picardia, cuando habiendo desembarcado allí los Ingleses en 1388, se asoció con un ciudadano de Luca, y otro de Siena, y los tres, costeándose de su propio peculio, con treinta y seis caballos y bien armados siguieron en aquel ejército, bajo la bandera y direccion del duque de Borgoña. » *Cron. PITT*, p. 34.

depósitos del comercio europeo, sino que los enviaban ademas á Dinamarca, Suecia, Rusia, Alemania ó Inglaterra. Sus barcos entraban en el Rhin cargados de productos del Oriente.

Los reyes mas felices y belicosos de Inglaterra, Eduardo III y Enrique V, miraron á los Genoveses con particular benevolencia, ora confiándoles altos empleos, ora reparando las ofensas de los corsarios, ora solicitando reanudar los antiguos vínculos de amistad, si el choque de las facciones y las guerras de la Francia los alojaban. En Africa las hostilidades de los mahometanos contra la república tornaban á empezar siempre que las dinastías ó las tribus dominantes eran reemplazadas por otras; pero una vez aplacado aquel primer ímpetu, llamaban á porfia y concedian privilegios á los navegantes genoveses. El Egipto era mas frecuentado por los Venecianos; sin embargo, los Genoveses no dejaban de presentarse en los mercados de Alejandria, de Roseta y de Damietta, y hasta de establecerse en el Gran Cáiro, y celebrar ventajosos tratados con los soldanes.

El principal centro de su comercio estaba en Levante, esto es, en los países de Asia y Europa sometidos á príncipes griegos, tártaros, búlgaros y turcos. La colonia de Pera vigilaba por medio de sus magistrados los puntos menos distantes, y la de Caffa los mas lejanos. De la primera dependia la Marca de los Zacarias, la Fócide de los Gattilusi, la Acaya de los Centeri, un tiempo la Canea en la isla de Candia, muchas islas y puertos en el Archipiélago, Famagusta, Limisso y otros lugares en Chipre, Casandria, Ainos, Salónica, Cavalla en la Macedonia, Sofia, Nicópolis y otras ciudades en la Bulgaria, Suciava en Moldavia, Esmirna y la Foquia antigua y nueva en el Asia Menor; Altoluogo y Setalia entre los Turcos, Kars, Sisi, Tarso, Layacio, en las dos Armenias, y por último, Heraclea, Sinope, Castrice y Ackerman en el Mar Negro. La autoridad de Caffa se extendia á las posesiones de Gazaria, á Taman con su península, á Copa en Circasia, á Totatis en Mingrelia, á Kubatscka en el Daguestan, al castillo situado cerca de Trebisonda, á los almacenes de Sebastopol, al gran mercado de la Tana, y á todas las caravanas que se dirigian al Norte y al centro del Asia. El consulado de Torisi en Persia, independiente quizá de los demas, debia promover y dirigir el comercio del Asia Meridional, donde la disposicion mas notable era que los mercaderes genoveses no formasen sociedad con los extranjeros (1).

En resumen, Génova poseía las tres grandes vias de comercio del Asia Central y de la India; la primera desembocaba en el Mar Negro, por el Caspio y el Volga; la segunda en Pogolato y Layaccio por el Golfo Pérsico, Alepo y la Armenia; la tercera en Alejandria por el Mar

(1) SERRA, *Storia dell' antica Liguria*.

Rojo y el Egipto. Cambiaba las sederías de la China, las especias, la madera de tintes, el algodón, las pedrerías de la India, los perfumes de la Arabia, los tejidos de Damasco, los paños de Tarso, el azúcar, el cobre, los tintes de Levante, el oro y las plumas del África Interior, las pieles, el cáñamo, el alquitran, las maderas de construccion de la Europa Septentrional, los granos de Túnez, de Sicilia y de Lombardía, por los aceites, los vinos, las frutas secas de las riberas, las armas de lujo, los corales trabajados en Génova, las telas de Champaña, la lana, el plomo y el estaño de Inglaterra, en una palabra, por los productos de toda Europa. Sacaba tambien una considerable renta de la sal toda del Mar Negro y el alumbre de Focea; la almáciga de Chio le producía cada año ciento veinte mil escudos de oro, equivalentes á seis millones de hoy; pero, por desgracia siempre agitada, acabó por sucumbir ante la calculada obstinacion de la aristocracia veneciana.

Venecia. En Venecia la libertad se reducía cada vez mas á un vano nombre. La señoría y el gran consejo tenian solo la apariencia del poder, mientras que los Diez, con autoridad violenta é irracional sofocaban las pasiones personales y las facciones, abatiendo al que se elevaba sobre los demas. Solo un pequeño número de familias inscritas en el libro de oro participaban de la soberanía; sin embargo, los restantes Venecianos se persuadian de que les tocaba alguna porcion de ella en atencion á que eran llamados señores, de donde provenian aquel respeto á la patria y á sus jefes que identificaba la voluntad y la ley, é impulsaba á soportar todos los sacrificios en interes del Estado. Los súbditos de Tierra Firme habian estipulado en su favor ciertas prerogativas, cuando se entregaron á la república; en su consecuencia, conservaban los cargos municipales, pero no tenían la pretension de tomar la menor parte en el ejercicio de la soberanía. Con respecto á los súbditos de Ultramar, se les trataba como pueblos conquistados; eran despreciados, inmolados al monopolio de la ciudad, rodeándose de las fortificaciones suficientes para mantenerlos sujetos; pero no para preservarlos del enemigo. Ni siquiera se les permitia nombrar los empleados municipales, y se les enviaban dos senadores, uno como podestá y otro como capitán del pueblo, lo que dió lugar á ocupar á los nobles é indemnizarlos con los empleos de la opresion que iba siempre en aumento en su patria. Aquellas colonias alteraron la constitucion, introduciendo en Venecia otra nobleza, no extraña al gobierno, pero menos dependiente, y que hubiera podido emanciparse sin la vigilancia tiránica de los inquisidores. Estos se ocupaban principalmente en poner límites á la riqueza, origen del poder; excluían á los ciudadanos del mando de los ejércitos, que primero fué confiado en tiempo de la guerra de Padua á Pedro de Rossi, antiguo señor de Parma, y despues siempre á mercenarios, vigilados rigurosamente

por dos patricios. La antigua nobleza, teniendo segura la dominacion del país, trataba cada vez con mas altanería á la plebe y á la nobleza inferior. Los nobles excluidos trataron de unirse con la clase média para adquirir privilegios; en tal sentido se verificó la conjuracion de Bayamonte Tiépolo, cuyo único resultado fué derramar sangre y afirmar la inquisicion tiránica de los Diez (1).

Marino Faliero hizo otro esfuerzo. Habiéndose casado á la edad de setenta y seis años con una jóven hermosa, se creyó ultrajado en la persona de esta por Miguel Steno, uno de los tres jefes de los Cuarenta, y no pudiendo obtener satisfaccion, urdió una conspiracion con Bertuccio Israeli y Felipe Calendaro, ambos plebeyos y muy estimados del pueblo, cuyas miserias exageraban, atribuyéndolas á la aristocracia, é inspirando el deseo de destruirla. Denunciado á los Diez, Faliero fué decapitado en el paraje donde los duces pronunciaban el juramento; sus cómplices perecieron en la horca, y el pueblo vió mas remachadas sus cadenas.

Entretanto Venecia empezó á mezclarse mas en las vicisitudes de Italia, no ya como extranjera, sino como Estado italiano. Adquirió durante la guerra que sostuvo contra los Scaligeri la libre navegacion del Pó y la posesion de Treviso, y trató de aumentar sus dominios en Tierra Firme. Por el contrario, sus posesiones marítimas disminuían tanto por los progresos de los Turcos como por la guerra con Génova, que duró hasta 1355, y fué mas desastrosa, en atencion á que no se empleaban tropas mercenarias, sino solo de ciudadanos. Dos mil Genoveses perecieron en la jornada de Lojera, y tres mil prisioneros en los calabozos (2). Ellos fueron los primeros que armaron de bombardas los buques. Tambien los Dálmatas y los Croatas que no podian sobrellevar la dominacion extranjera, invitaron á Luis el Grande, el cual entrando en los dominios venecianos con la caballería húngara, causó muchos males á la Italia, y obligó á los duces á renunciar al título de duques de Dalmacia y de Croacia, y á mucha parte del imperio griego.

Los Venecianos y los Genoveses se habian hecho ceder por los emperadores de Oriente la isla de Tenedos, cuya ocupacion dió origen á la guerra de Chipre, fomentada por las ligas de los Estados de Tierra Firme, y especialmente por el odio de Francisco Carrara, á quien la señoría habia quitado el dominio de Padua. Mientras este combatía en tierra, Victor Pisani condujo por el mar el leon de San Marcos á la victoria; pero embarazado en su marcha por las rivalidades de la señoría, fué derrotado en Pola y hecho prisionero.

Génova pensó descargar un golpe decisivo que redujese á su rival al recinto de sus lagunas. De consiguiente, habiendo equipado una

(1) Véase el lib. XII.

(2) M. SABELLICO, *Dec. II*, lib. 17.

Marino Faliero 1355.

17 de abril.

1338.

Victor Pisani. 1378.

1399

20 de mayo.

escuadra mayor que de costumbre, y embarcando en ella á sus mejores marinos, dieron el mando á Ambrosio Doria, el cual se estableció en Chioggia, y fijó su cuartel general en Malamocco, tan cerca de Venecia, que el gobierno de esta ciudad prohibió tocar la campana de San Marcos para convocar á los ciudadanos, por temor de que el enemigo oyera la señal. Carrara se regocijaba al imaginar la humillacion de aquellos orgullosos patricios, y Doria despedía á los embajadores, diciendo: « No » prestaré oído á ninguna proposicion hasta » que haya puesto el freno á los caballos de » San Marcos, » y cuando se le propuso rescatar algunos prisioneros, contestó: « Dentro de » pocos dias los rescataré sin dinero. »

El pueblo desolado pidió á su antiguo general, quien oyendo gritar desde la cárcel: *Viva Victor Pisano!* se asomó á la reja y dijo: *No déis mas grito que el de viva San Marcos.* Llevado en brazos del pueblo, y despues de jurar en el altar que olvidaria la persecucion de sus rivales, invitó á todos á contribuir á la salvacion de la patria. Los nobles equiparon treinta y cuatro galeras á su costa; se ofreció inscribir en el libro de oro á los treinta plebeyos que hiciesen mayores sacrificios pecuniarios. Fortificóse Venecia con ayuda de estas ofrendas generosas, y Victor, no solo la salvó, sino que derrotó á los Genoveses y los estrechó en Chioggia, obligándolos á rendirse á discrecion.

Sin embargo, la paz de Turin, celebrada bajo los auspicios de Amadeo de Saboya, privó á Venecia de todas sus posesiones de Tierra Firme, sin contar las enormes riquezas invertidas en la guerra, de suerte que Génova podia empuñar el cetro de los mares; pero tambien esta se encontraba exhausta de dinero y buques; su comercio estaba arruinado, se veía tan agitada por las facciones que en cuatro años, desde 1390 hasta 1394, cambió diez veces de jefe á consecuencia de diez revoluciones, y despues no cesó de pasar alternativamente de las discordias intestinas á la servidumbre extranjera, perdiendo entretanto la colonia de Pera en Constantinopla y toda su importancia en Italia. Su única proeza fué la expedicion contra los Berberiscos para contener sus piraterías; expedicion mandada por el duque de Borbon, tío de Carlos VI, y en la que tomaron parte muchos señores franceses. Trescientos galeones y mas de cien buques de transporte abordaron á la costa de África; pero los Berberiscos los fatigaron, sin querer llegar nunca á trabar el combate, y la escuadra tuvo que volverse sin haber conseguido ningun resultado ventajoso.

Mientras que Génova cooperaba á la ruina de su independencia, Venecia, por el contrario, se mostraba muy celosa de la suya, y despues de haber recuperado pronto las posesiones que tenia en Dalmacia, se extendió por Hungría y Grecia; obtuvo á Corfú voluntariamente; conquistó á Nápoles de Romanía, á Argos, á Durazzo, donde habian dominado en otro tiempo

1386.

los Angevinos; recuperó la ciudad de Treviso, que ella misma habia cedido á Leopoldo de Austria, el cual la vendió á Francisco Carrara; luego bajo el gobierno de Miguel Stena se apoderó de Vicenza, de Verona, y por último de Padua, lo que le aseguró un poder predominante en la Alta Italia, adquirido con mala fe y conservado con perfidia y desconfianza. Poco despues añadió á su territorio las ciudades de Belluno y Udine, quitadas á sus perpetuos enemigos los patriarcas de Aquilea.

Este fué el instante del mayor esplendor de Venecia. El tiempo habia consolidado el poder de la nobleza, que dedicándose completamente á la política, adquirió en ella tanta aptitud como sus feudatarios en el ejercicio de las armas, y supo atraerse la opinion de modo que cesó toda lucha entre ella y la autoridad. Para indemnizarse tuvo la clase média el comercio, que ejercia desde la India hasta los Países Bajos. Contenia la metrópoli ciento noventa mil habitantes: las casas fueron estimadas en siete millones de ducados, ó sean en treinta millones de francos, y los alquileres en quinientos mil ducados. La Zeca acuñaba al año un millon de ducados de oro, doscientas mil monedas de plata y ochocientos mil sueldos, poniendo en circulacion anualmente diez y ocho millones efectivos de francos. Una deuda de cuarenta millones de ducados de oro fué extinguida en ménos de diez años, ademas de prestar setenta mil al marques de Ferrara. Pasaban de mil los nobles que poseían de renta de cuatro á setenta mil ducados; sin embargo, con tres mil se tenia un hermoso palacio (1). A fines del siglo XIII, en trescientos barcos mercantes de doscientas toneladas y en trescientos buques de alto bordo se ocupaban veinticinco mil marineros, y otros once mil en cuarenta y cinco galeras, siempre completamente armadas. Al espirar el siglo siguiente se habia aumentado el número de marineros á treinta y ocho mil, y el de barcos á tres mil trescientos cuarenta y cinco: mil operarios trabajaban en el arsenal (2).

Estos buques exportaban cada año por valor de diez millones de mercancías, que producian dos quintas partes de beneficio. Solo á Lombardia se enviaba por valor de dos millones setecientos ochenta y nueve mil ducados, cincuenta mil de ellos para los esclavos, y esto sin contar la sal. Venecia ganaba tambien anualmente seiscientos mil ducados en el país de los Lombardos, cuatrocientos mil en el de los Florentinos, y sin embargo, entónces acababa de salir de guerras que la habian privado de tantas posesiones, y amenazado en el corazon de sus lagunas. Despues, á pesar de las dos guerras contra

(1) Una casa comprada por la señoría para regalar á Luis Gonzaga, señor de Mantua, costó seis mil quinientos ducados, y tres mil otra dada al vaivoda de la Albania. Las pruebas de ello las trae DART en el lib. XIII, y en la Aclaracion H pueden verse los discursos de Tomas Mocénigo.

(2) *Rer. Ital. Scrip.* XXII, 939.

1400-6.

Esplendor de Venecia. 1426.

los Turcos y el duque de Ferrara, era tan próspero el estado de sus rentas, que en 1490 el tesoro recaudaba un millon doscientos mil ducados (5,200,000 francos) casi el doble que Milan, y la cuarta parte que el reino de Francia, cuando lo habia engrandecido Luis XI; no obstante, los súbditos pagaban levísimas contribuciones. Se habian hecho tan necesarios los Venecianos á los Italianos, que el pueblo con quien interrumpian sus relaciones quedaba reducido á la pobreza; esto sucedió á los Napolitanos, cuyo rey Roberto se vió precisado á hacer la paz, porque no le pagaban sus súbditos, diciendo que no tenian dinero desde que los Venecianos no se presentaban en sus puertos.

Ademas del litoral de Adriático, desde las bocas del Po, la señoría tenia á su obediencia las provincias terrestres de Bérgamo, Brescia, Verona, Crema, Vicenza, Padua, la Marca de Treviso con Feltro, Belluno y Cadora, el Polesine de Róvigo y Rávena; poseía la soberanía del condado de Goritz, del Friul, excepto Aquilea, y de la Istria, ménos Trieste; tenia luego en la costa oriental del Adriático á Zara, que el rey Ladislao le habia vendido en cien mil florines; á Espalatro y las islas situadas enfrente de la Dalmacia y la Albania; á Veglia y Zante, aquella arrebatada á los Frangipani, y esta á un Catalan; á Corfú, que se entregó espontáneamente; á Lepanto y Pátras en Grecia. En la Morea, Mondone, Corone, Nápoles de Romanía, Argos y Corinto le habian sido vendidas por sus poseedores, incapaces de defenderlas de los Turcos. Tenia tambien varios islotes en el Archipiélago, posesiones en el litoral, y finalmente á Candia y á Chipre.

Desde Astracan hasta el África Interior los Venecianos establecian en todas partes bancos, y esparcian por Europa las mercaderías de aquellos países, aunque las comunicaciones se habian hecho muy difíciles por el fraccionamiento de los Estados y las violencias de los barones, á los cuales amansaban llevando consigo charlatanes, músicos y animales raros. Tenian ademas colonias y puntos de escala en el Mar Negro, en la Propóntide, en los Dardanélos, sin contar á Adrinópolis, y una buena porcion del Peloponeso; algunos pequeños territorios en las costas de Siria, con gran parte de las islas y de los puertos desde la Morea hasta el fondo del Adriático. En fin, ciudadanos venecianos habian sido investidos, á título de feudos de la república, de las islas de Lémnos, Scopulo y casi todas las Cícladas.

Galeras del tráfico.

Hasta la marina del Estado se ocupaba en el comercio, de suerte que, ademas de los tres mil barcos de particulares, el gobierno mandaba á los puertos principales escuadras llamadas *galeras del tráfico* para el servicio de los ciudadanos, teniéndolas dispuestas á obrar en caso de guerra, y haciendo respetar al leon aun durante la paz. De estas escuadras, la del Mar Negro se dividía en tres: una costeaba el Peloponeso para trasladar á Constantinopla las mer-

T. IV.

caderías cargadas en Venecia ó en Grecia; la segunda se dirigía á Sinope y Trebisonda en el Ponto Euxino, de donde sacaban los productos del Asia que se trasladaban por el Faso; la tercera, dirigiendo su rumbo hácia el Norte, entraba en el mar de Azof, y cargaba en los puertos de Caffa, donde el Tanais desemboca en el mar, los peces y efectos que los Rusos y los Tartaros llevaban por el mar Caspio, el Volga y el Tanais.

La otra escuadra costeaba la Siria, haciendo escala en Alejandria, en Fayruth, en Famagusta, en Candia, rica en azúcar, y en la Morea. La tercera proveía á Egipto con las mercaderías del Mar Negro, especialmente con esclavos de Circasia y Georgia, que los Venecianos cambiaban por los efectos del mar Rojo y de la Etiópia. La cuarta se dirigía á Flándes con bajeles de doscientos remeros á lo ménos, y despues de arribar á Manfredonia, Brindis, Otranto, y de cargar en Sicilia azúcar y otros productos de la isla, visitaba los puertos africanos de Trípoli, Túnez, Argel, Oran y Tánger, verificando cambios con los naturales, de quienes recibia trigo, frutas secas, sal, marfil, esclavos y oro en polvo. Luego, pasando el estrecho de Gibraltar, proporcionaba á los Marroquíes hierro, armas, paños y utensilios domésticos; costeaba en seguida á Portugal, España y Francia; tocaba en Brújias, Ambéres y Lóndres, donde los Venecianos compraban paños teñidos, lanas finas, y traficaban con los bajeles de las ciudades anseáticas. Por las drogas, aromas, vino, seda, lana, algodones, hilados, pasas y otras frutas secas, aceites, borraj, cinabrio, minio, alcanfor, crémor de tártaro, azúcar, espejos, cristales, tejidos de lana, seda y oro, recibian hierro, estaño, plomo, maderas, resinas, pieles; á su retorno hacian varias escalas en Francia, Lisboa, Cádiz; compraban en Alicante y Barcelona seda cruda, y de costa en costa volvian á su patria un año despues de haber salido de ella.

El gobierno no sacaba de aquellas expediciones mas beneficio que el módico flete de los buques; pero mandaba todos los años veinte ó treinta galeras, con cabida de mil á dos mil toneladas y por valor de cien mil cequíes cada una (1,700,000 francos), sin contar las que los particulares enviaban á los puntos no reservados á las flotas públicas.

Proporcionábase Venecia privilegios y comodidades en los países donde no dominaba; mantenía allí cónsules ó baillíos, cuyo encargo era hacer que se respetase su patria, y que sus conciudadanos encontrasen proteccion y pronta justicia. El cónsul de Constantinopla, que era al mismo tiempo embajador de la república, juez de los Venecianos é inspector del comercio, llevaba el calzado de color de escarlata, como el emperador, salía con guardias y ejercía en la colonia entera jurisdiccion, y cuando aquella ciudad fué tomada por los Turcos, se encargó de proteger á otras naciones, principalmente Armenios y Judíos. Los reyes se valian á me-

33